

agregaba la circunstancia de ser interesados en el tesoro. Suplicó además á los vecinos de Panamá que le ayudasen al transporte con sus recuas, á lo que fácilmente se prestaron.

Apenas había llegado el presidente á la Venta de Cruces, cuando tuvo noticias de haberse alterado el orden por Panamá, por cuyo motivo apresuró su viaje para llegar lo más pronto posible á Nombre de Dios, no fuese á suceder que antes lo ocupasen los sublevados. Dió inmediatamente algunas providencias para poner en salvo la parte del tesoro que aun no estaba acarreada, y para quitar á los sublevados algunos recursos de que pudieran aprovecharse para sostener su rebelión. Mas no siéndole posible el llegar tan pronto como quisiera, á causa del mal tiempo, despachó un mensajero que anunciase en Nombre de Dios su próximo arribo, cuyo mensajero consiguió llegar, aunque á costa de infinitas fatigas, por lo malo y cenagoso del camino de tierra. Cumplida su comisión regresó otra vez á buscar á Gasca, y le encontró en el camino, que venía á fuerza de remo. Dióle aviso de que ya en Nombre de Dios se sabía la causa de aquellos desórdenes, que era la que vamos á referir.

Pedrarías Dávila, el famoso gobernador

de Nicaragua, casó á una de sus hijas, llamada Doña María de Peñalosa, con Rodrigo de Contreras, caballero natural de Segovia, de cuyo matrimonio nacieron dos hijos, Hernando y Pedro de Contreras. Por consideración á Pedrarías se dió la gobernación á su yerno el año de 1534, y como llegasen las nuevas leyes que prohibían el tener Indios á los gobernadores y demás empleados de la corona, traspasó sus repartimientos á su mujer é hijos. Mas al arribo de la Audiencia llamada *de los Confines de Guatemala*, fué uno de los oidores á tomarle residencia, y demás de otros cargos que le hizo, quitó los Indios á su familia, por no haber sido hecha la traslación de dominio con arreglo á las leyes. Apeló el gobernador; pero la Audiencia confirmó el hecho por su comisionado, y aunque apeló de nuevo y marchó á España á responder á los cargos que se le hacían, y á reclamar sus repartimientos, nada pudo conseguir, porque el Consejo de Indias también confirmó la sentencia.

Los interesados en el asunto quedaron tan descontentos de su resultado como era de esperarse, y principalmente Hernando, como hermano mayor, era el que más quejoso se manifestaba, no sólo en lo privado, sino también en público. Quiso su mala suer-

te que anduviese por allí entonces un Juan Bermejo, á quien Gasca había desterrado del Perú, el que como hombre perdido que esperaba medrar en aquellas revueltas, se dedicó á inflamar más el ánimo de Contreras para precipitarlo á una resolución violenta. Decíale que aquel rico tesoro que el presidente traía, y aun todo el Perú, era suyo, porque su abuelo Pedrarías, de quien era heredero, había sido uno de los asociados en la empresa del primer descubrimiento; (17) que se apoderase del dinero de Gasca y se fuese al Perú, en donde al punto se le reuniría multitud de gente, y podría alzarse con aquel imperio, sin que el rey fuese capaz de quitárselo, como no se lo hubiera quitado á Gonzalo Pizarro, á no ser por los desaciertos que cometió. Por este estilo le decía infinidad de cosas, propias para exaltar el espíritu de un joven, no muy templado de suyo. (18) A ejemplo de Bermejo iban acudiendo á Hernando Contreras los muchos descontentos que andaban por aquellos alrededores, que por la mayor parte eran desterrados del Perú, y le oíe-

[17] A Bermejo no le convenía reflexionar que cualquiera que fuese el derecho que al principio tuvo Pedrarías, lo había cedido todo por el ajuste que tuvo con Almagro, y puede verse en el Apéndice del autor, núm. 5.

[18] «Este Moço era brioso, i Caballero de calidad..... ambicioso, i de su naturaleza bullicioso.» Herrera, Hist. General, dec. 8, lib. 6, cap. 4.

cian servirle hasta la muerte, ponderándole al mismo tiempo lo fácil de la empresa.

Cedió al fin Hernando á sus instancias que tan en armonía estaban con sus propios deseos, y resolvió dar principio á su empresa por el asesinato de una persona respetable como era el obispo de Nicaragua Don Antonio de Valdivieso, de la orden de Santo Domingo, cuyo único delito, á lo que dicen, había sido el proteger constantemente á los Indios; conducta que le había hecho odioso á los Contreras, aunque no faltan otros que señalen causas diversas á la enemistad de éstos. (19) La mayor parte de los conjurados, (20) se conformó fácilmente con que se llevase á efecto el asesinato, porque era gente poco escrupulosa, y en tratándose de medrar, nada les importaba un crimen más ó menos.

[19] «Y aunque algunos después quisieron disculpar á los matadores, dando por causa la mala condición y peor lengua del obispo, que forçassen á quitarle la vida, no basta disculpa ninguna para hazer un hecho tan malo.» (Garcilaso, Com. Real., Parte 2, lib. 6, cap. 12.) No tiene disculpa en efecto; mas parece que la conducta del obispo no era muy propia para ganarse las voluntades, si hemos de juzgarle por lo que de él refiere un cronista de su misma orden. V. Meléndez, Tesoros Verdaderos de las Indias [Roma, 1681], tom. 1, lib. 2, cap. 8.

[20] Entre ellos había un fraile dominico. «Salió el fraile Castañeda con unas corazinas en lugar de los hábitos: y todos hechos una muela se fueron derechos á casa del obispo.» Fernández, Hist. del Perú, Parte 2, lib. 1, cap. 7. — También el padre Calancha, Coronica moralida del orden de San Agustín en el Perú. [Barcelona, 1639], lib. 1, cap. 20; y Meléndez, Tesoros, tom. 1, lib. 2, cap. 8.—Este último autor sigue enteramente á Fernández en la narración de estos sucesos, y á veces hasta copia sus palabras.

Todo esto pasaba en la ciudad de Granada, y resuelto ya á ejecutar su intento, marchó Hernando á León de Nicaragua, dejando á su hermano Pedro, muy joven aún, en compañía de su madre, para mejor encubrir sus designios. Llegado allá reunió en su casa con cualquier pretexto otros varios soldados á más de los que él llevaba, y después de arengarles del modo que le pareció más propio para ganar su voluntad, salió inmediatamente á la calle dirigiéndose á la casa del Obispo. Según parece, algunos de los conjurados no estaban muy dispuestos á tomar parte en la muerte del prelado, porque se empeñaron en separarse con varios pretextos; pero los cabecillas no lo consintieron, amenazando con la muerte á quien lo intentase. Así llegaron á casa del Obispo que estaba jugando al ajedrez, le sorprendieron, y sin más preámbulo le mató Hernando á puñaladas.

Muerto el Obispo y saqueada por supuesto la casa, salieron los conjurados á la calle gritando, *libertad, viva el príncipe Contreras*, y en seguida procedieron á apoderarse de los fondos públicos que tenía en su poder el tesorero, y de las armas y caballos de los vecinos. Dividiéronse luego los conjurados, yéndose Contreras con parte de ellos al Realejo, puerto del Mar del

Sur, á apoderarse de unos buques, y dirigiéndose Bermejo con el resto á Granada, á pillar lo que se pudiese y á reclutar gente que engrosase sus filas. Tanto les había ensoberbecido la felicidad con que habían ejecutado el primer golpe, que siendo tan pocos no vacilaban en dividirse de este modo.

Ya se sabía en Granada lo ocurrido en León, por lo que tomaron las armas hasta ciento veinte hombres, entre ellos Pedro de Contreras, para oponerse á Bermejo, según decían; pero esto sólo fué una ficción, porque todos estaban dispuestos á pasarse á los sublevados, y así lo hicieron tan luego como se avistaron, matando antes á Carrillo, su capitán, é hiriendo á otros varios que no estaban de acuerdo en aquella traición. Con esto tomó Bermejo posesión de la ciudad sin resistencia, y desde allí envió á un soldado llamado Salguero con alguna gente para que fuese á Nicoya, á lo mismo á que él había ido á Granada, No permaneció allí Bermejo mucho tiempo, sino que pronto se fué á reunir con Hernando al Realejo, seguido de la gente que quiso ó él forzó á acompañarle, llevándose también consigo al joven Pedro Contreras con gran pesadumbre de su madre Doña María, quien de ningún modo aprobaba la mala conducta de sus hi-

jos, pronosticándoles toda suerte de desgracias si en ella perseveraban. Los sucesos posteriores probaron la exactitud de sus predicciones.

Así que los sublevados desocuparon la ciudad de Granada determinaron los Alcaldes despachar un buque á Nombre de Dios con aviso de lo que pasaba, y lo despacharon en efecto. (21) Cuando llegó esta noticia al Presidente, ya estaba informado de todo como arriba dijimos, y tomaba sus providencias para ir á socorrer á Panamá, para donde suponía que habían de dirigirse los revoltosos, y así lo tenía avisado á aquellos vecinos para que cobrasen ánimo.

Verificada la reunión de Bermejo con los dos hermanos Contreras, comenzaron á tratar sobre el partido que debería tomarse. Opinaba Bermejo que obrase con toda actividad, á fin de apoderarse de Panamá y Nombre de Dios, hecho lo cual y robado el tesoro, se encaminarían al Perú, en donde estaba él seguro de que serían muy bien recibidos; y á la verdad en el estado que guardaban las cosas, si así lo hubiesen ejecutado aun habrían prolongado mucho

[21] Así lo afirma Herrera, [Hist. General, déc. 8, lib. 5, cap. 3, 4], pero Fernández lo niega y refiere de otro modo el suceso. Hist. del Perú, Parte 2, lib. 1, cap. 7.

tiempo la resistencia. El plan fué adoptado, como puede suponerse, y su autor comenzó desde luego á ponerlo por obra, tomando y quemando los buques que había en el puerto, excepto dos en que se embarcaron los conjurados, dirigiéndose á Nicoya para recoger á Salguero. Después continuaron su derrota á Panamá, á donde llegaron de noche, y anclando en el Ancón á media legua del puerto, sorprendieron fácilmente cuatro ó cinco buques que allí había, entre ellos uno de D<sup>a</sup> María de Peñalosa, madre de los Contreras. Saltaron luego en tierra dejando todos los navíos al cuidado de Pedro Contreras, y como ya tenían noticias exactas de todos los pasos del presidente, lo primero que hicieron fué despachar á Salguero con veinte y cinco hombres en seguimiento suyo, y también para que se apoderase de la plata que encontrase en el camino, y situándose en la Venta de Cruces, interceptase todos los avisos que fuesen á Nombre de Dios, á fin de coger desprevenida la ciudad. Como la mayor parte de los amotinados tenían motivos de sentimiento contra Gasca por su conducta en el Perú, ardían en deseos de haberle á las manos, y los que iban en su busca entretenían el fastidio de la marcha conversando entre sí sobre el trato que le darían así que le pren-

diesen. (22) Pero la buena fortuna de Gasca que tanto le había favorecido en circunstancias mucho más difíciles, no era de esperarse que le abandonara ahora.

Favorecidos de la oscuridad de la noche entraron muy fácilmente los conjurados en Panamá el 20 de Abril de 1550, y comenzaron á saquear las casas de los principales vecinos, haciéndose dueños de un inmenso botín. (23) Dieron luego tras de las armas y caballos y algo recogieron de uno y otro, aunque las armas propias de la ciudad no pudieron hallarlas porque un vecino principal se las había escondido, y no lograron que revelase el lugar en que se hallaban por más que le amenazaron. Prendieron también á los empleados públicos y á los vecinos principales, los que corrieron gran riesgo de ser ahorcados, pues se empeña-

[22] «Y por grande encarecimiento dezian, que havian de hazer polvora del, porque la hauian menester, y porque hauia de ser muy fina, segun la astucia, rigor y engaño de tal hombre.» Garcilaso, Com. Real, Parte 2, lib. 6. cap. 11.

[23] «La maior presa, que nunca Cosarios havian hecho.» Zárate, Conq. del Perú, lib. 7, cap. 13.—Es tal la discrepancia de los autores sobre el monto de la suma de dinero de que se apoderaron los Contreras, y aun sobre el lugar en que la hallaron, que sólo puede afirmarse vagamente que se hicieron de una cantidad considerable. V. Gomara Hist. de las Indias cap. 193.—Fernández, Hist. del Perú, Parte 2. lib. 1. cap. 8.—Zárate, Conq. del Perú, lib. 7 cap. 13.—Garcilaso, Com. Real, Parte 2 lib. 6. cap. 11.—Meléndez Tesoros, tom. 1. lib. 2, cap. 8 Herrera al referir la toma de Panamá [dec 8. lib. 6. cap 5] nada dice sobre esto.

ba en ello Juan Bermejo; pero se le opuso Hernando, contentándose con hacer jurar á los presos que no se opondrían á sus proyectos. De ahí resultó el que se formasen dos partidos entre los soldados divididos en opinión sobre este punto, y el que Bermejo reprendiese ásperamente á Hernando, diciéndole que si trataba con tanta consideración á sus enemigos, éstos no se la habían de tener á él cuando cayese en sus manos. (24)

Como los alzados apenas pasaban de doscientos hombres, y ya habían dividido bastante sus fuerzas, no podían dejar guarnición en Panamá para cuidar del tesoro robado; pero en vez de trasladarlo á los navíos, que era sin duda lo más seguro, se le ocurrió á Juan Bermejo darlo en depósito á algunos mercaderes de la misma ciudad, haciendo que con juramento se obligasen á entregárselo á él mismo ó á Hernando de Contreras, cuando les fuese pedido. No fué ésta á la verdad una de las menores faltas que cometió Bermejo. Salió á poco Hernando con unos cuarenta hombres en dirección de Nombre de Dios, y Bermejo le siguió en breve con el resto de la tropa,

[24] «Que tan buen pescuego tenía como el para el cabestro [propio dicho de Francisco Caruajal.]» Fernández, Hist. del Perú, Parte 2, lib. 1, cap 8.

llevándose preso al tesorero real Gómez de Anaya. Sólo quedaron en Panamá dos soldados que no pudieron encontrar caballos.

Idos los enemigos, comenzaron á reflexionar los vecinos, que más les habían vencido su propio miedo y la sorpresa, que la fuerza de sus contrarios, y animados con la esperanza de recobrar lo que habían perdido, se decidieron á impedir á los enemigos la entrada á la ciudad cuando volviesen. Lo primero que hicieron fué despachar tres correos por distintos caminos para que llevasen á Nombre de Dios las nuevas de lo ocurrido, no fuese á suceder que el enemigo cogiese la ciudad desprevenida y se apoderase de ella. Los correos, aunque con trabajo, consiguieron burlar la vigilancia del enemigo, y todos llegaron oportunamente á su destino. Repicaron luego los vecinos las campanas, á cuyo sonido acudieron con sus criados y negros, todos los que antes se habían escondido, así como también los Españoles que tenían haciendas en las inmediaciones, formando entre todos un cuerpo como de quinientos hombres. Visto esto por los dos soldados de Bermejo que se quedaron rezagados, se escaparon y corrieron á dar aviso á su jefe de lo que pasaba en Panamá. Sorprendióle la no-

ticia, porque no creía á los vecinos capaces de esta determinación, y se preparó á volver inmediatamente sobre la ciudad; pero antes envió á Salguero orden de reunirsele; y comunicó la noticia á Hernando, encargándole los pasos de la sierra de Capira para que no viniesen socorros de Nombre de Dios, mientras él se volvía á Panamá, á castigar á aquellos *traidores*, y á embarcar lo que habían cogido, añadiendo que allí lo aguardarían para determinar lo que deberían hacer.

Cuando desde sus buques oyó Pedro Contreras el repique, envió una embarcación á informarse de la causa de aquel alboroto: apoderáronse de ella los de Panamá y faltó poco para que aprovechándose de la oscuridad de la noche, y ayudados de los prisioneros que cogieron en la barca, hiciesen lo mismo con el buque en que venía Contreras. Asustado éste se salió del puerto, y se mantuvo cruzando en espera de noticias de su hermano.

En el entretanto no perdían el tiempo los de Panamá, armando y organizando la gente lo mejor posible, aunque hubieron de contentarse con armar á los negros de piedras y palos, á falta de otras armas mejores. Fortificaron también la ciudad; tanto por la parte del mar, como por la de tierra,

y Martín Ruiz de Marchena fué nombrado jefe. Cianca, hermano del oidor del mismo nombre, que era uno de los capitanes, pidió que le dejasen ir con una partida en busca de Salguero y de su gente, para acabar con todos, habiendo al fin consentido en ello los de Panamá, aunque con alguna repugnancia. A poco de haber salido de la ciudad encontró á un estanciero, el cual le dió aviso de que los sublevados que se creían en marcha para Nombre de Dios, sabían ya lo ocurrido y volvían sobre Panamá. Considerando entonces Cianca la falta que en tal caso haría allí su gente, y que además á su salida se ignoraba este movimiento del enemigo, que podría caer sobre la ciudad de sorpresa, no dudó un momento en volverse, y así lo hizo.

Fué sin duda muy acertada la determinación de Cianca, porque en Panamá estaban descuidados y con su aviso se pusieron sobre las armas y tomaron las precauciones convenientes. Apareció á poco Bermejo, y emprendió ganar la entrada de la ciudad, pero encontró tal resistencia, que á pesar de haber hecho todo esfuerzo se vió obligado á retirarse con pérdida de dos muertos y algunos heridos. Fuése á situar á un cuarto de legua de la ciudad, desde don de viendo que su gente estaba algo de-

sanimada por el mal recibimiento, envió aviso á Hernando y á Salguero, encargándoles que se le reuniesen lo más pronto posible, por lo mucho que importaba ganar aquella plaza. Resolvió intentarlo de nuevo al día siguiente, valiéndose del arbitrio de incendiarla por varias partes para llamar la atención de los habitantes, y que acudiendo á apagar el fuego descuidasen la defensa; mas no fué tan secreta su determinación que no llegase á oídos del tesorero Anaya, que iba preso como dijimos, quien se dió maña de hacer que pasase la noticia á la ciudad.

Los de allí andaban en consultas sobre el partido que deberían tomar. Unos, y eran los más, querían que desde luego se saliese á dar la batalla fuera de la ciudad, con el fin de evitar que Bermejo llevase á cabo su proyectado incendio, y también para no dar lugar á que se le uniesen los refuerzos que aguardaba, á lo que añadían aun otras razones de peso. El obispo y otros pocos se oponían, diciendo, que era más seguro aguardar al enemigo en la ciudad, porque como lo rechazaron la vez primera así lo rechazarían la segunda, y en el intermedio podría llegar el socorro que Gasca les había ofrecido. Prevaleció al fin el parecer de los primeros, y saliendo de la ciudad se

fueron sobre el enemigo. Juan Bermejo que los vió venir se quedó asombrado, porque no se esperaba tal cosa, antes los suponía llenos de miedo. Notando, pues, el desnudo con que avanzaban, no se consideró seguro en la posición que ocupaba, y se trasladó á un cerro vecino.

Mientras ejecutaba este movimiento aparecieron varias mulas cargadas, seguidas de algunos soldados. Pertenecían éstos á la partida de Salguero. Cuando éste llegó á las Cruces ya el presidente había marchado y sólo encontró allí un buque cargado de plata de que tomó posesión. Al venir con ella supo que los de Panamá se habían declarado en contra de la rebelión, lo que le hizo encaminarse á Nombre de Dios, esperando reunirse con Hernando y Bermejo, á quienes suponía allí; mas en el camino comenzaron las noticias contradictorias, y á variar los pareceres, hasta que llegada la noche se desbandaron todos, y cada uno tomó por su lado. Algunos de estos dispersos llegaron á la costa, y fueron recogidos por Pedro Contreras en los buques, y otros, entre ellos Salguero, fueron á dar al campo de Bermejo; porque las mulas, si bien llegaron al mismo tiempo, ellos no las traían, sino que como los animales conocían el camino vinieron por su voluntad. En esta dis-

persión se extravió ó fué robada la mayor parte de la plata que apresó Salguero, aunque después la recobró Gasca casi toda.

Colocado Bermejo en la nueva posición que había elegido aguardó en ella á los de Panamá. Estos se dispusieron desde luego á desalojarlo, comenzando por situar á los negros en un cerro vecino para que le molestasen con piedras, y en seguida le acometieron. Los sublevados se defendían como hombres que sólo podían esperar la horca si eran vencidos, y los vecinos peleaban por sus familias y bienes. Fué al fin tan tenaz la resistencia, que estos últimos se vieron precisados á ceder, huyendo más bien que retirándose. Mas como Bermejo no los persiguió, recelando que su fuga fuese fingida para atraerle á alguna emboscada, tuvieron tiempo de rehacerse, y avergonzados de su debilidad embistieron en esta vez con tal ímpetu, que pusieron en derrota á los sublevados, quedando todos muertos ó prisioneros, excepto unos pocos que huyeron hacia la costa y entraron en los buques de Pedro Contreras. Entre los muertos, que fueron muchos, se contaron los dos jefes Bermejo y Salguero, y también los vecinos por su parte perdieron algunos capitanes y soldados. Dióse esta batalla el 23 de Abril de 1550. Los prisioneros



fueron llevados á la ciudad y encerrados en un patio, en donde á poco entró el alguacil mayor é hizo matar á la mayor parte á puñaladas. (25) Después ahorcaron á los pocos que quedaron vivos.

Hernando Contreras que ya por el aviso de Bermejo volvía á Panamá dejando una corta guarnición en Capira, sabiendo lo ocurrido en aquella ciudad y la derrota de los suyos, perdió el ánimo y dijo á los que le acompañaban que cada uno se fuera por donde le pareciese, y él se encaminó hacia Natá. Algunos que salieron después de Panamá en su busca encontraron un hombre ahogado en una ciénega, que por varias piezas del vestido que aun conservaba reconocieron ser Hernando. Le cortaron la cabeza y la llevaron á Panamá en donde fué puesta á la expectación pública. No faltó quien dijese que aquella no era la cabeza de Hernando y que se habían valido de ese ardid para salvarle; sea como fuere, lo cierto es que no se volvió á saber de él. Los que habían quedado en Capira también se desbandaron al saber que Gasca había salido con gente de Nombre de Dios para ir á socorrer á Panamá.

(25) No vemos qué motivos hubo para estos asesinatos, de que no habla Herrera, ejecutados á sangre fría en unas personas indefensas, y si mediaría algún resentimiento personal del alguacil ejecutor, el que se llamaba Alonso de Villalva.

Pedro Contreras, el hermano menor, no fue más afortunado. Viendo la derrota de los suyos se dirigió con sus buques hacia la punta de Higuera, y los de Panamá después de algunos días despacharon tras él otros buques á cargo de Nicolás Zamorano. No sabiendo éste qué rumbo habrían tomado los enemigos, se dirigió casualmente al mismo punto, y allí se encontró con ellos. Así que los sublevados vieron venir á Zamorano, le abandonaron los buques con los marineros, y metiéndose precipitadamente en las lanchas, tomaron tierra y se internaron. Zamorano desembarcó también gente, y no pudo alcanzar más que á unos pocos, y con ellos se volvió á hacer á la vela. Mas las corrientes le eran contrarias, y no podía arribar á Panamá, hasta que al fin se vió precisado á volver á la punta de Higuera para hacer aguada. Allí supo que los enemigos estaban cerca, y volviendo á despachar gente los alcanzaron y prendieron á todos, sin que escapasen más que Pedro Contreras, y otros ocho ó diez, de los que nunca se volvió á saber, suponiéndose que los matarían los Indios ó las fieras. Los presos fueron llevados á Panamá y allí ahorcados con todos los demás que se habían cogido en la campaña.

El presidente Gasca tan luego como supo

la rebelión se dió prisa á juntar gente en Nombre de Dios, como dijimos, y marchó con ella á Panamá; pero cuando llegó ya todo estaba concluido y no tuvo otra cosa que hacer sino castigar á los delincuentes. También incluyó en ellos á algunos que sin haber hecho armas, se tomaron la libertad de apropiarse algo del botín de Salguero en las Cruces, porque, «á río revuelto quisieron ser pescadores.» (26)—Tal fué el trágico fin de la sublevación de los Contreras, habiendo perdido la vida cuantos tomaron parte en ella. Causa compasión la suerte de los jóvenes Contreras, que más bien que á sus propios deseos de venganzas dieron oídos á las sugerencias de hombres perversos que quisieron hacerlos instrumentos de sus miras perversas y los arrastraron en su ruina.

(26) Garcilaso, Com. Real. Parte 2, lib. 6, cap. 7—10—13.—Gomara, Historia de las Indias (Anvers, 1564) cap. 193.—Zárate Conq. del Perú, lib. 7 cap.—14—13.—Fernández, Hist. del Perú, Parte 2, lib. 1, cap.—13—7—10.—Herrera, Hist. General, déc. 8, lib. 5, cap. 16; lib. 6, cap. 1—7.—Velasco, Hist. de Quito, tom. II, pp. 344—347.—Meléndez Tesoros, tom. I, lib. 2, cap. 8. 9.—Benzoni, Novi Orbis Historia (Genovae, 1578), lib. 3, cap. 16.—Calancha, Crónica, lib. 1, cap. 20.—González Dávila, Teatro Ecles., de Indias, (Madrid, 1649, 55) tom. I, pág. 235.

He referido en este capítulo los sucesos de la sublevación de los dos hermanos Contreras por la estrecha relación que tienen con la historia del Perú, aunque pasaron en el Istmo, Panamá fué primero por costumbre y luego por ley, la única vía de comunicación entre la metrópoli y sus colonias del Pacífico, por lo cual era el punto más importante de toda aquella costa.

## CAPITULO II.

NUEVOS DESÓRDENES EN EL CUZCO.—LLEGADA DEL VIRREY DON ANTONIO DE MENDOZA.—DESCONTE-  
NTO GENERAL.— MUERTE DEL VIRREY.—ASESINATO  
DE HINOJOSA. —DESÓRDENES EN LA PROVINCIA DE  
CHARCAS.

1550—1553.

Partido el presidente Gasca y llegado el día en que, según sus instrucciones, debía publicarse la lista del segundo repartimiento, se agolpó el pueblo á la sala de la Audiencia para imponerse cuanto antes de su contenido. Abrió el secretario el pliego y lo leyó públicamente, sucediendo, lo mismo que la vez pasada, que muchos que nada aguardaban lograron alguna cosa, y otros que esperaban mucho quedaron olvidados. Ya entonces no conoció límites la indignación de los que nada alcanzaron, porque veían destruida su última esperanza que hasta allí algo los había contenido, y conocieron que si deseaban poseer alguna cosa era preciso ganarla por la fuerza.